

salvaba las almas por dar gloria á Dios, por satisfacer el hambre y la sed que tenía de que todos sirvieran á su Amado, de que todos le conociesen y amasen y fueran felices en este conocimiento y amor.



PARTE SEGUNDA

Desde que fué presentado para el cargo de Arzobispo de Santiago de Cuba hasta que fué nombrado confesor de la reina Doña Isabel II.

(1849-1857)

CAPÍTULO PRIMERO

DEL NOMBRAMIENTO DEL SEÑOR CLARET PARA EL ARZOBISPADO DE CUBA, Y DE COMO TOMÓ POSESIÓN DE ESTE CARGO

1. Estado moral de la isla de Cuba en 1849. — 2. El P. Claret es presentado para arzobispo de Santiago. — Su resistencia. — Obligado á aceptar, sigue trabajando sin mudar de vida. — Viaje á Tarragona. — Cómo dibujó su sello arzobispal. — Parte para Gerona. — Predica desde un balcón por no haber la gente en la Catedral. — Últimos trabajos en esta ciudad. — Encuentro con su amigo Masmitjá. — 3. Su preconización y consagración. — Emprende el viaje á Madrid. — Deja la corte y se despide de su pueblo natal. — Convierte á cuatro reos condenados á muerte. — 4. Breve noticia de los compañeros que se le juntaron. — 5. Sus ocupaciones hasta el día de su embarque. — Salva á una novicia. — Tranquiliza á una religiosa. — 6. Se embarca en Barcelona. — Entusiasta despedida de la ciudad. — Peripecias de la navegación. — Reglamento que seguían en el buque. — Borrasca en Gibraltar, que les obliga á retroceder hasta Málaga. — Desembarca en esta ciudad. — Fruto espiritual que hizo en sus habitantes. — Se ve privado de desembarcar en Canarias. — Espíritu poético del Padre Currius. — Misión sobre cubierta. — Confiesa y comulga toda la tripulación. — Llegada á Cuba y recepción hecha al Siervo de Dios. — Dan gracias á Dios por el feliz viaje.

1. Cuba, la isla más hermosa que vieron ojos humanos, fué descubierta por Colón en 1492. A los nombres [de Juana y de Fernandina, dados respectivamente por el descubridor de ella y por Velázquez, que la acabó de conquistar, prevaleció el nombre de Cuba, con que ya de antiguo la llamaban los naturales. Aunque tan pintoresca y tan fecunda en todo género

de producciones, fué hasta fines del pasado siglo la más infortunada de nuestras colonias americanas. La población indígena, merced á un conjunto de desfavorables circunstancias, fué poco á poco decreciendo, y los extranjeros que en busca de aventuras surcaban los mares mirábanla como lugar de paso para el nuevo continente. Para repoblarla se acudió en mal hora al tráfico de negros, que, arrebatados inhumanamente en las costas africanas, eran vendidos en público mercado en la capital de la monarquía lusitana, y de allí, cual viles mercancías, hacinados en lo hondo de los buques, se los transportaba al Nuevo Mundo para servir como esclavos á sus conquistadores. Por este inicuo medio la abandonada isla de Cuba fué á la verdad ganando en brazos que la hicieron florecer, pero descendió no poco en el orden moral y civilizador, en la honradez de las costumbres, en la hidalguía y nobleza de sentimientos y en todo lo que forma el alma y la vida de la humana sociedad. Cuando en 1655 cayó Jamaica en poder de los ingleses, ocho mil españoles fugitivos se acogieron en Cuba; pero su principal incremento fué debido á la pérdida de nuestras colonias americanas á causa de los muchos que allí acudieron para conservarse fieles á la metrópoli.

Mas si por estas y otras causas se repobló la abandonada Isla, de tal suerte que, no contando en 1774 más que 173.620 habitantes, en 1846 ascendía ya á cerca de un millón el número de ellos, perdió, por otro lado, muchísimo la pública moralidad, porque los hombres que allí se refugiaron sólo atendían á su negocio, esto es, á hacer dinero, sin reparar en la injusticia de los medios que empleaban ni en otras cosas peores. Dando cuenta el general Tacón en una Memoria del estado de la Isla en el tiempo que tomó el mando de ella, que fué por Junio de 1834, afirma que "un crecido número de asesinos, ladrones y pillos circulaban por las calles de la capital matando, hiriendo y robando, no solamente durante las horas de la noche, sino también en pleno día y en las calles más públicas y concurridas... Los vagos eran numerosísimos, y muy excesivo el número de los que ganaban su vida por medio de toda clase de estafas... Aunque muchos Generales, que fueron allá de gobernadores, trabajaron por corregir semejantes abusos, nada ó muy poco fué lo que consiguieron, pues sabido es que la fuerza militar y política es impotente para causar hábitos

de moralidad en el pueblo cuando falta la Religión, que va derechamente á reformar las conciencias, base de todos los actos humanos.

Pero en el concepto religioso era todavía más desconsolador el cuadro que presentaba la desgraciada Isla. Sustraída al influjo de las Misiones extranjeras que iban á los Estados Unidos y á otros puntos del continente americano, por estar puesta bajo el patronato de España y en ocasión en que los Institutos religiosos, entonces más que nunca necesarios, habían sido suprimidos en la madre Patria; privada la capital de Cuba de su legítimo Pastor desde 1834 á causa de las perturbaciones políticas; desposeída casi enteramente de clero indígena, ora por la escasez de vocaciones eclesiásticas en un pueblo naturalmente muelle y dado á la holganza, ora por la falta de organización en el Seminario y por la penuria de los recursos materiales, la Religión estaba casi por completo abandonada, apenas se tenía conocimiento de los principios fundamentales de ella, y sin ideas ni sentimientos religiosos, el pueblo vivía entregado á sus brutales pasiones, sin freno ni ley ni temor de ulteriores castigos. Para formar idea de lo desmoralizada que estaba la Isla por aquel tiempo, basta saber que de 120.182 bautismos celebrados en la diócesis de la Habana desde 1842 á 1846, 52.108 fueron de niños ilegítimos, y de 41.167 que hubo en el arzobispado de Santiago durante el mismo período, 22.517, que son más de la mitad, fueron también ilegítimos. Cuantas personas de mediano criterio llegaban á Cuba lamentaban tan triste situación, no sólo por los intereses religiosos, que poco ó nada á muchos importaban, sino por los sentimientos de humanidad y honradez propios de cualquier nación medianamente civilizada, y más aún por los intereses de España, que corrían grave riesgo si continuaban las cosas en la Isla siguiendo tan fatal derrotero. "Principalmente á nuestras poblaciones campestres,—escribía su corresponsal al periódico *La España* en 26 de Enero de 1849,—faltan, no solamente el alimento espiritual, sino también en algunos lugares las ideas religiosas. Falta este lazo que une los hombres á la sociedad, arregla sus acciones y corrige sus costumbres. En estos mismos campos tenemos una inmensa población ignorante, nacida en la idolatría y educada en la vida salvaje, que hemos arrancado de sus hogares por medio de un comer-

cio ilícito, y que no puede ser justificado más que con el objeto de conducirlos á la civilización y convertirlos al Catolicismo.,

Los enemigos de la Religión y de la madre Patria, aprovechándose á maravilla de la ignorancia y de la corrupción del pueblo, sembraron en él doctrinas disolventes y propalaron principios y noticias con el objeto de romper los vínculos que la unían con la metrópoli. Fruto dañino de tan malas semillas fué el partido antiespañol, que, ligado con algunos ambiciosos de los Estados Unidos, luchaba por sacudir el yugo de los españoles y formar de la isla de Cuba una República independiente, como lo habían hecho las demás colonias que poseíamos en la América.

2. Alarmados los hombres pensadores del peligro que á España amenazaba si no se ponía pronto y eficaz remedio á tamaños males fomentando en la Isla la instrucción religiosa y el espíritu católico, base de todo orden y bienestar, trataron seriamente así de lo uno como de lo otro. Claro es que lo primero era menester enviar allí Prelados dotados verdaderamente de celo apostólico y de todas las virtudes evangélicas, no menos que de fecundo ingenio para inventar las convenientes reformas y de enérgica voluntad para llevarlas á cabo; y así, cuando en 20 de Abril de 1849 vacó la Sede de Santiago de Cuba por promoción de su Arzobispo, Rmo. P. Fray Cirilo de la Alameda, á la metropolitana de Burgos, los que entendían en el asunto comenzaron á reflexionar sobre quién sería más á propósito para desempeñar aquel difícilísimo cargo. No era cosa fácil hallar así como así un varón de tan raras y singulares prendas, porque si siempre el mérito y la virtud suelen ocultarse entre los rincones y hacer el bien á escondidas, buscando el galardón de sus buenas obras en Dios y no en la vana estima de los hombres, en este siglo gacetillero, de bombos y de platillos, y en el que tantas falsas reputaciones se forman en los periódicos y en las reuniones, es aún más necesario andar con mayor cautela é investigar con divinas luces para no tropezar con una virtud fantástica y de relumbrón, en vez de una virtud sólida y á toda prueba.

Era á la sazón ministro de Gracia y Justicia el Excmo. señor D. Lorenzo Arrazola, el cual, bien penetrado de la verdad de los hechos y de la trascendencia que en Cuba tendría la recta elección del Prelado metropolitano, fijó su atención en

el Ilmo. Sr. Costa y Borrás, entonces obispo de Lérida y uno de los más celosos Prelados de la península ibérica. Propúsole, en efecto, el nombramiento en carta de 23 de Mayo de 1849, y el virtuosísimo Prelado no creyó oportuno acceder á la invitación del Ministro; pero aunque le dió la negativa, en el mismo documento indicaba cortesmente que podría proveerse aquella Sede en el obispo de Canarias y ser nombrado para esta última el celoso presbítero y Misionero D. Antonio Claret.

Entretanto, el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Brunelli, como más interesado en este asunto, discurría no poco para acertar en tan importante nombramiento, y, como prudente, consultó el caso con D. José Ramírez y Cotés, sacerdote ilustrado y virtuoso, que por sus buenas cualidades era con frecuencia consultado en los negocios de mayor gravedad. Después que éste hubo oído al Sr. Nuncio, le dijo: "Cuba necesita de Misioneros: lo que allí hace falta es un Prelado Misionero.—Es verdad,—respondió Mons. Brunelli;—pero ¿quién lo halla? ¿En dónde está?—En Cataluña. El Misionero que fué á Canarias, *Mosén Claret*, es el más á propósito, y no hay otro., De estas conferencias desinteresadas resultó el nombramiento del Sr. Claret para el arzobispado de Cuba.

De todos estos pasos nada sabía el interesado, el cual se hallaba por entonces dando ejercicios espirituales al clero de Vich, aquellos cabalmente en que, según se dijo, pronosticó la muerte próxima é imprevista de uno de los asistentes, y cuyo cumplimiento vieron todos con espanto. Un día de éstos, que fué el 11 de Agosto, después de terminar uno de los actos, le llamaron aparte en la sacristía y le dijeron que el Sr. Obispo le llamaba. Con la costumbre que de obedecer tenía, fué luego á Palacio, pensando si por ventura el Sr. Obispo querría concertar con él alguna nueva Misión ó consultarle, como solía, alguna cosa. Cuando estuvo delante del Prelado entrególe éste la Real orden recibida del señor ministro Arrazola, y con grande sorpresa leyó lo que sigue:

"*Real orden.*—Reservado.—En consideración al celo religioso, virtud, ilustración y demás recomendables circunstancias que concurren en V. S., la Reina (q. D. g.) se ha dignado nombrarle por Real decreto de ayer para la iglesia y arzobispado de Santiago de Cuba, vacante por traslación á la de Burgos de D. Cirilo de la Alameda y Brea; á condición de que

no estorbará y si consentirá la desmembración y división de la parte del territorio actual de la diócesis que fuese del agrado de S. M., siempre que tenga por conveniente erigir en él alguna otra Iglesia. De Real orden lo digo á V. S. para que manifieste si acepta esta elevada dignidad y se halla conforme con la condición expresada. Dios guarde á V. S. muchos años. San Ildefonso, 4 de Agosto de 1849.—*Lorenzo Arrazola.*„

Luego que el Siervo de Dios se hubo enterado del oficio, quedó inmóvil y sin decir palabra; mas pasados los primeros momentos de asombro, dijo resueltamente al Sr. Obispo: “Esto no puede ser: no puedo aceptar. Ruego á Vuestra Señoría Ilustrísima se digne responder á quien corresponda que no tengo la ciencia ni la virtud necesarias para el desempeño de tal cargo.„ Tan persuadido estaba el P. Claret de su ineptitud y tan confiado de que por esta causa sus ruegos serían atendidos, que pasado este incidente, siguió, como si tal cosa no hubiera, trabajando con el mismo celo y ardor en compañía de sus Misioneros y al frente de su pequeña Comunidad, de la que era el alma y la vida, dirigiendo sus actos religiosos y las conferencias de Teología moral, de Oratoria sagrada y de Ascética y Mística.

Mas aunque él vivía tan descuidado de toda humana pretensión y todo embebido en estas santas tareas, los señores que desde Madrid habían puesto en él los ojos para tan alta dignidad no cejaron en su empeño, y una y otra vez le escribieron para que aceptase, haciéndole ver la mucha gloria que en ello podía dar á Dios y el bien inmenso que podía hacer en las almas; pero él se escudaba en su humildad, y otras tantas respondía que no le era posible; para lo cual, á la razón de su ineptitud por falta de ciencia y de las virtudes necesarias, añadía otra, en verdad muy poderosa, y era que no podía abandonar la Congregación que acababa de nacer, y que más que nunca necesitaba del vivificante calor de su paternal celo, ni la Librería Religiosa, que estaba aún á los principios de su fundación. Pero todas estas razones no persuadieron ni al señor Nuncio apostólico ni al ministro de Gracia y Justicia, porque las juzgaron como nacidas de la profunda humildad del Varón de Dios; y empeñados por esto mismo con mayor eficacia en salir adelante con su intento, acudieron á otro medio más seguro y que debía dar, sin duda, mejores resultados.

Concedores de la puntualidad y presteza con que el Siervo de Dios obedecía las prescripciones de su legítimo Superior, escribieron al señor Obispo de Vich para que en virtud de santa obediencia le obligase á aceptar, pues estaba visto que de otra suerte no recabarían de él el consentimiento.

Persuadido el Ilmo. Casadevall de las poderosas razones y de los rectísimos fines que movían al Sr. Nuncio y al Ministro, mandó, en cuanto podía, á nuestro amado Padre que aceptase. No fué pequeño el conflicto en que le puso este para él amarguísimo precepto. Por un lado no se atrevía á resistir no sólo los mandatos, mas ni aun las simples insinuaciones de su Superior, y por otro estaba tan convencido de la debilidad de sus fuerzas para sustentar la pesada carga del episcopado, y temía tanto los peligros y la responsabilidad inherente á tan levantado cargo, que no acababa de vencer su repugnancia y estaba como indeciso. ¡Cosa extraña, aunque frecuente en los santos! Cuando se trataba de comisiones humildes y penosas y repugnantes al amor propio ó á la naturaleza, nunca replicaba ni oponía cosa alguna, antes con sumo contento obedecía á la más ligera insinuación; pero en tratándose de cargos honorosos, y más como el que al presente se le ofrecía, sentía tal repugnancia, que luego oponía su indignidad para ellos y buscaba especiosas razones con que declinarlos. En esta ocasión no se negó á obedecer; pero como era asunto tan grave, pidió al Sr. Obispo que le concediera un plazo para dar la respuesta decisiva.

Con la venia, pues, del Prelado se retiró á hacer ejercicios con el fin de conocer claramente en la oración la voluntad de Dios y de reforzar de paso su espíritu para que se le hiciera más llevadera la abrumadora carga, si es que el Señor quería echársela encima. Y para que no quedase nada por hacer en un asunto tan trascendental, no fiándose de sus propias luces, reunió á los respetables sacerdotes Dr. D. Jaime Soler, Doctor D. Jaime Passarell, P. Pedro Bach y al P. Esteban Sala, señores todos ellos sabios y virtuosos y de toda su confianza, y de los que ya en otro lugar hablamos como de personas muy recomendadas en su tiempo. Después de comunicarles el objeto por el cual los había juntado, les rogó que encomendasen á Dios el negocio, que conferenciasen entre sí, y que después de algunos días de retiro, que iba él á comenzar, le dijeran si

había de admitir el cargo, como el Sr. Obispo le mandaba, ó bien si había de resistirse en absoluto. Cumplieron con fidelidad los mencionados sacerdotes el encargo que el Varón de Dios les había hecho, y cuando éste terminó los ejercicios, dijéronle unánimemente que opinaban que debía aceptar, porque era esta á todas luces la voluntad del Señor. Ya no podía por más tiempo resistirse sin faltar á su deber, y así, sobreponiéndose á las inclinaciones que sentía en contrario, se resignó á aceptar el espinoso cargo á los dos meses de haber sido nombrado, ó sea á 4 de Octubre.

Hallábase entonces el Sr. Obispo de visita, y le escribió notificándole su resolución en estos términos: "Ya sabe Vuestra Señoría Ilustrísima que siempre me he dejado llevar por la mano de la obediencia; en vista, pues, de la apreciada de Vuestra Señoría y de las adjuntas del Sr. Nuncio y del señor ministro de Gracia y Justicia, digo que humildemente acepto el arzobispado de Santiago de Cuba. *Ecce servus Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (1)."

Nada hasta entonces habían sabido nuestros Padres de la Casa-Misión de Vich, si se exceptúa el P. Esteban Sala, del nombramiento de su muy amado Fundador para la silla metropolitana de Cuba, ni de la correspondencia que con este motivo había mediado; mas no pudiendo ya ocultarse después de la aceptación, un día, el Superior de la nascente Comunidad, que lo era el P. Esteban Sala, los llamó y reunió á todos, y en presencia del mismo Siervo de Dios les enteró de cuanto había ocurrido; explicóles la resistencia que el P. Claret por su parte había puesto, y les leyó la correspondencia del Nuncio y del Ministro y el precepto formal del Prelado para que aceptase; de todo lo cual dedujo que había que acatar la voluntad del Señor, tan claramente manifestada.

Imposible es describir el sentimiento que en nuestros primeros Padres produjo aquella para ellos tan dolorosa noticia, pues cuando más los alentaba su presencia y mayor necesidad tenían de beber su espíritu, se les privaba de su amado Fundador, sin esperanza de volver á recobrarle, y para colmo de desconsuelo se le enviaba á regiones apartadas, donde sería sumamente dificultoso consultar con él las dudas que por ne-

(1) Carta del P. Claret, fechada en 4 de Octubre de 1849.

cesidad se habían de ofrecer en un Instituto que sólo contaba algunos meses de existencia. Pero como aquellos buenos Padres estaban tan bien formados en la virtud, no se opusieron á la divina voluntad, y el Siervo de Dios los consoló diciéndoles que se entregasen en las manos del Señor, que Él no los abandonaría, y así, todos juntos, adoraron y alabaron los designios ocultos, pero siempre amorosos, de la divina Providencia.

Como nuestro Padre vivía en tanta pobreza y nunca había sospechado que pudiera hallarse en trance tal, asaltáronle algunas dudas sobre las diligencias que debía practicar, para las cuales no disponía de recursos; pero en todo le dirigió y ayudó el señor Obispo de Vich, llevado del entrañable amor que le tenía. Entretanto la noticia había cundido entre los de fuera, y la *Revista Católica*, en el número 91, dió cuenta del nombramiento en los siguientes términos: "Sabedor el Gobierno de S. M. de los excelentes y abundantes frutos que este Varón apostólico había producido en Canarias cuando no era más que simple Misionero, ha calculado que más abundantes los daría en calidad de Obispo y primer Pastor en otra diócesis que estaba todavía más necesitada, y bajo este cálculo ha procedido al nombramiento de D. Antonio Claret para arzobispo de Santiago de Cuba. Mucho se ha resistido este Varón apostólico, como era de presumir, no sólo porque su humildad le hacía considerarse muy inferior á dignidad tan sublime, sino también porque con esta novedad se le desbarataban ciertos planes y obras que tenía principiadas. Pero al fin, haciéndosele ver que nada perdería la gloria de Dios, sino que antes bien ganaría mucho con su aceptación, y cediendo á las instancias y aun mandatos de su Superior, se resolvió á aceptar, después de muchas semanas de indecisión é incertidumbre. Aunque personalmente sentimos la separación del Sr. Claret de este Principado, porque reconocíamos en él un amigo y un celoso patrocinador de todos nuestros proyectos, cediendo las afecciones personales al bien general de la Iglesia, nos alegramos y damos gracias á Dios por tan acertado nombramiento. Felicitamos al Gobierno y á la Iglesia de Cuba; al primero, por haber puesto los ojos en un simple Misionero, no atendiendo á las afecciones de carne y sangre, sino tan sólo á la virtud y al mérito; y á la segunda, porque va á adquirir un Pastor cual conviene á sus actuales necesidades."

Electo ya Arzobispo, no hizo mudanza alguna en su método apostólico de vida; siguió usando del mismo vestido, de la misma comida, y en su trato continuó tan humilde, amable y sencillo como siempre. Tampoco interrumpió sus tareas apostólicas, pues en el breve espacio que medió hasta su consagración dió Misiones en Vich, Barcelona, Tarragona y Gerona, y predicó infinidad de pláticas para satisfacer los piadosos deseos de muchas personas, ora eclesiásticas, ora seglares, que querían aprovecharse del poco tiempo que el celoso Misionero debía estar aún entre ellos.

Entre las muchas y respetabilísimas personas que deseaban con ansia abrazarle después de su nombramiento y antes que partiera para Cuba, era la principal y la más acreedora á ello el venerable Arzobispo de Tarragona. No menos lo anhelaba el Siervo de Dios, quien estaba sumamente agradecido á los beneficios que aquel Prelado le había hecho, y le profesaba especial cariño por la virtud y celo que en él resplandecía y por la identidad de aspiraciones que ambos tenían para el mayor servicio del Señor. Así fué que luego que sus ocupaciones se lo permitieron, salió el P. Claret para Tarragona, adonde llegó á mediados de Enero de 1850. La impresión que esta visita hizo, así en el Prelado como en los fieles de aquella capital, tradúcese claramente en una carta que el Siervo de Dios escribió al señor Obispo de Vich luego de llegado á Barcelona de vuelta de su viaje. Como esta carta contiene además la explicación del sello que para su nueva dignidad tomó el Siervo, creo será del agrado de mis lectores el que la transcriba íntegra. Está fechada en 23 de Enero de 1850, y dice así: "Mi señor y dueño de toda mi veneración y aprecio: Acabo de llegar de Tarragona, después de haber visto y hablado con nuestro venerable Arzobispo. Es inexplicable la satisfacción que ha tenido de mi visita, y después de tantos días de haber estado con él, aun sentía que me fuese con tanta prontitud.

„Heme ocupado en diferentes cosas: el domingo prediqué al pueblo con un concurso numerosísimo. En cierto punto del sermón prorrumpió el pueblo en un llanto ternísimo, temiendo que ya no me oirían más en aquel púlpito.

„Ayer en la capilla de Palacio bauticé á una señora protestante calvinista; después el señor Arzobispo le administró la Confirmación; luego yo empecé la santa Misa y distribuí la

sagrada Comunión á la neófito, á su esposo y á la madrina. Finalmente, el Provisor presenció su matrimonio.

„Aquí le envío una muestra de mi sello, dando á Vuestra Señoría brevemente una idea de este mi dibujo. Se divide en dos partes: la parte de arriba significa mi nacimiento espiritual, y la parte de abajo mi nacimiento corporal. El puente significa el que hay en mi pueblo; por la cascada ó cascadas que hay allí y por los saltos que hace el río al pasar por allá, la población se llamó *Sallent*. Mi padre Claret está de esta parte oriental del río, y mi madre Clará en la parte occidental: estos dos nombres y lugares están simbolizados por el Sol y la Luna. Mi nacimiento espiritual lo simboliza el nombre dulcísimo de María, Madre de Dios, por ser la patrona de la parroquia de Sallent y de mi nombre; la palma se refiere á San Esteban, también patrono de la población, y la azucena alude á San Antonio, patrono mío, y á San Luis Gonzaga, patrono de la Congregación que teníamos en el Seminario, y además, en memoria del día de San Antonio, en que fuí ordenado de presbítero, y del día de San Luis, en el cual celebré la primera Misa. Estas cosas son también jeroglíficos de María santísima, la cual se compara á la palma, *sicut palma*, y á la azucena, *sicut lilium*, y al Sol y á la Luna, *pulchra ut Luna, electa ut Sol*.

„Dentro de pocos días pienso que, Dios mediante, nos veremos. Mande como guste á su afectísimo y seguro servidor Q. B. S. A. = *Antonio Claret*. „

A principios de Febrero tornó á Vich; pero las muchas instancias que de todos los puntos del Principado le hacían para que les diriguiera por última vez su apostólica palabra no le permitieron descansar ni un solo momento. Su laboriosidad parecía entonces más extremada que nunca, y á los ojos de las muchedumbres continuaba siendo el santo Misionero, el amado Apóstol de Cataluña, á todos accesible y á todos venerable.

Acogía también con mucha benignidad y dulzura á los que de todas partes iban á tratar con él las cosas de sus almas, y en todo su porte y en sus mismos viajes procedía con tal sencillez que nadie hubiera podido imaginar que se ocultara en él un Arzobispo ya nombrado. Muchos testimonios pudiéramos traer aquí de las personas que entonces le trataron; pero bastará, para venir en conocimiento de los demás, citar lo que acaeció al Ilmo. Sr. D. Francisco de Asís Aguilar en una de